

Padura: indolente, mirando para abajo

Escrito por Indicado en la materia
Martes, 03 de Julio de 2012 13:55 -

Por [Haroldo Dilla Alfonso.-](#)

Casi no conozco personalmente a Leonardo Padura. Nuestro único contacto personal fue un saludo de iniciación en el antiguo Cuartel de Ballajá en el Viejo San Juan. Pero soy un lector regular de su obra, que siempre admiro. Toda ella anuncia a una persona trabajadora, talentosa, sencilla y sincera.

Son cualidades envidiables. Pero al parecer no son suficientes para decir cosas políticamente equilibradas, aunque confieso que esta es una cualidad difícil en nuestro escenario polarizado de políticas pasionales. Y Padura nos lo acaba de demostrar hace unas semanas con su artículo sobre el cardenal Ortega que ha sido publicado en dos de los órganos de prensa que el proyecto de la llamada “transición ordenada” (mucho orden y muy poca transición) tiene a su disposición para la difusión de sus argumentos políticos:

Espacio Laical

y

[Progreso Semanal](#)

.

Huelga anotar que coincido con Padura en el reconocimiento del derecho que tiene la Iglesia a impulsar un proyecto político propio, en que hay datos positivos de su gestión social y política reciente y en el repudio a los ataques personales y difamatorios contra el Cardenal. Y si no abundo en ello, es porque ya expliqué mis puntos de vista al respecto en un [artículo](#) varias semanas atrás en este mismo diario, y probablemente a los mismos lectores que ahora leen esto. Por eso me detengo con más esmero en la parte en que creo que Padura se ha sumado a una línea argumental parcializada y trillada y donde se ha colocado por debajo de su propia leyenda intelectual.

Padura es unilateral en su juicio. Si somos absolutamente fieles a los hechos, habría que reconocer que el Cardenal no ha sido una víctima inocente del “fuego cruzado de los extremistas”, sino uno de los fusileros. No olvidemos que esta historia se inflama cuando el Cardenal hizo una “devaluación ofensiva” de las personas que ocuparon una iglesia en los umbrales de la visita de Ratzinger, y que lo hizo en un lugar tan céntrico como la Universidad de Harvard. Y aunque el siempre dinámico Orlando Márquez hizo todo lo posible por demostrar que no dijo lo que dijo, en realidad solo pudo confirmar que lo dijo. Y hasta el momento el Cardenal no se ha excusado, lo que en realidad hubiera sido algo superior. Y hubiera desinflado toda esta campaña en su contra.

Pero todo esto sería intrascendente —parte de ese pasado que ya está pasando, diría Lichi— si no fuera porque el propio Padura también se ha convertido en fusilero. Si leemos su texto, encontramos que todo lo que resulta fundamentalmente crítico (no de detalles críticos como se autoproclama el novelista, sino fundamentalmente crítico) queda encerrado en el mismo dilema binario que arroja a los detractores del Cardenal. Así, habla con insistencia de “extremistas de afuera y de adentro” alimentados de “odios enconados”, seres sumergidos en “la confrontación y el odio”, “ingratitude y posturas extremistas” que “solo sirven para exhibir protagonismos personales o, en el peor de los casos, para que nada cambie”.

Otra vez volvemos a lo mismo, a buenos y malos, a virtuosos y pecadores, a amorosos y odiosos. A toda la dicotomía maniquea que efectivamente nos llevará a ese futuro de “odio y resentimiento” que Padura quiere evitar ensalzando unilateralmente al Cardenal.

Otra cuestión que me parece muy poco edificante es la indolencia del escritor. Padura sabe escudriñar la realidad social, y por eso escribe cosas memorables. Y por eso sabe que, como decía Boff, todo punto de vista es la vista desde un punto.

Y el punto desde el que mira Padura a la realidad cubana es muy diferente al que disponen los “odiosos extremistas”. Y por eso no es extraño que vea cosas diferentes. Padura es —con méritos sobrados— un miembro de la élite cultural cubana. No tengo nada en contra de esa élite, a la que yo, desde el modesto balcón de las ciencias sociales, pertenezco. Y esa élite se beneficia de una serie de derechos delegados —yo me beneficié— que los “ingratos” no tienen. No es culpa de la élite, sino del sistema, y de esa selectividad de la memoria que siempre retoza con el olvido y llega a relegar hasta “...los momentos que no pueden ser olvidados”. Y que creo que Padura, indolente, y mirando para abajo, llega a olvidar.

Recordemos algunas cosas para entender por qué hay tantos “odiosos y extremistas” y por qué los integrantes de la élite cultural no tienen necesidad de serlo. Así, en virtud del pacto castrante de la UNEAC con el PCC, ellos pueden viajar, salir y entrar de la Isla sin mayores dificultades, vivir un tiempo afuera si lo requirieran, y en ocasiones hacerlo con sus familias. Pueden hacer críticas *lights* que incluso pueden ser publicadas en Cuba. Pueden hacer dinero y gastarlo como mejor les convenga. Muchos de ellos están en la lista de los que pueden comprar un auto nuevo, y tienen acceso a Internet. Y para mayor regocijo algunos son comensales frecuentes de los espacios de “diálogo, reflexión, crítica y presencia social” que se han abierto desde la Iglesia. Y donde se conforma un nuevo bloque ideológico aliado de la apertura pro-mercado que implementan los militares.

A nivel mundial eso no es gran cosa. Son derechos que los cubanos emigrados gozan en sus respectivas patrias adoptivas sin necesidad de hacer ninguna concesión política. Pero en Cuba se trata de un estatus que muy pocos elegidos disfrutan. Y que por supuesto no disfrutaban los “extremistas odiosos y enconados”.

Para los “extremistas” no hay espacios de debates, y cuando tratan de organizarlos los acosan y los meten presos. Las acusaciones vertidas contra el pasado Festival CLIC son un ejemplo. Muchos de ellos estuvieron en prisión por muchos años sencillamente por expresar sus ideas. Ahora se les detiene por horas, donde los amenazan, maltratan e intimidan. Es decir, no los encarcelan por años, sino varias veces en el año, lo cual algunos voceros del nuevo bloque ideológico aplauden como pasos hacia la liberalización.

Varios “extremistas” han muerto en huelgas de hambre. Y otros son bloqueados y apabullados en sus casas por turbas organizadas por el Gobierno. A Reinaldo Escobar —un intelectual— lo arrastraron por la calle en uno de los hechos más perturbadores y miserables que yo haya visto. Se les acusa —a los “odiosos”— de agentes del imperialismo yanqui, pero muy pocos tienen a su haber acciones que denoten complicidad alguna con el Gobierno estadounidense. Y los hay, tan reprimidos como todos, que nunca han pisado la oficina gringa de intereses y se oponen al bloqueo/embargo.

En Cuba no existe el derecho al libre tránsito, por lo que varios “enconados” han obtenido visas para asistir a eventos internacionales, y el Gobierno les niega el derecho a salir del país. Creo que Yoani Sánchez va por unas 22 negativas, por lo que solo le quedan 4 hojas disponibles y aún no ha pisado el aeropuerto. Y al economista Espinosa Chepe no solo le niegan la salida, sino que de paso el Presidente de la misma UNEAC que garantiza los derechos a la élite cultural, le tilda en público de mercenario. Solo les darían el permiso de salida si aceptaran una expatriación definitiva y la expropiación de sus derechos ciudadanos.

Y es conocido que si una persona emigrada adopta una posición crítica es muy probable que se le niegue el regreso, siquiera de visita, a su país. Conozco muchos casos de cubanos a los que se ha negado el permiso para despedirse de un familiar moribundo, y han tenido que velar en la lejanía los últimos momentos de padres y madres. O que solo ven a sus hijos crecer en fotos y videos, distanciados por una política gubernamental que usa a los familiares como rehenes. Y finalmente mueren solos —lejos de su gente y de sus lugares— en esto que para algunos es exilio, emigración para otros y destierro para todos. Querer que esta gente se estremezca de emoción ante “los intentos de comprensión” del Cardenal me parece

Padura: indolente, mirando para abajo

Escrito por Indicado en la materia
Martes, 03 de Julio de 2012 13:55 -

demasiado ambicioso.

No critico a Padura por participar en el muy restringido proceso de “diálogo, reflexión, crítica y presencia social” que la Iglesia católica organiza en el país. Según veo es un proceso que atrae de todo, desde gente de primera hasta todo tipo de oportunistas. Y con seguridad Padura está en la primera categoría y solo le aconsejo que se aparte de los caminos trillados y lleve a esas concertaciones su mensaje avanzado sobre la vida que he tenido la oportunidad de leer y disfrutar.

Solo le pediría que no sea indolente.

Tal y como el mismo Padura definía indolencia en uno de sus excelentes ensayos: como “insensibilidad de un individuo hacia la suerte de los otros”, como “imposibilidad de sentir dolor por el destino de los demás”.

Tomado de CUBAENCUENTRO